

crecimiento de las importaciones y el desequilibrio de la Balanza de Pagos los que han hecho posible una cierta estabilidad de precios. En otras ocasiones, como, por ejemplo, en la segunda mitad de 1964 y primeros meses de 1965, ante las limitaciones impuestas a las importaciones, fueron las alzas de precios las que canalizaron las presiones inflacionistas que entonces se manifestaron. Dadas estas circunstancias, se comprende que revista una especial significación la coincidencia en el tiempo de ambos mecanismos; con o sin señales de alerta, siempre que han coincidido ha sido como preludio de medidas poco populares y quizá por ello desmentidas hasta el mismo momento de adoptarse.

Pues bien, durante el último trimestre —noviembre de 1969, enero de 1970— el índice del coste de la vida se ha elevado en un 2,08 por ciento sobre la medida del trimestre anterior, y las reservas de divisas han disminuido durante el último período de doce meses —febrero de 1969, enero de 1970— en un 19,9 por ciento. Al parecer, pues, las tensiones inflacionistas comienzan a tener tal intensidad que ya presionan sobre ambos resortes simultáneamente.

Con ello, por otra parte, son ya veinte las veces (como puede apreciarse en el cuadro adjunto) que, desde el primero de enero de 1969, se ha puesto en funcionamiento el mecanismo de alarma establecido en el II Plan de Desarrollo; preguntarse por la eficacia del mismo resulta ocioso: «sonaron cuando y cuanto quisieron». Sin embargo,

nada de ello puede considerarse sorprendente: el error «ab initio» reside en articular todo un mecanismo de «alarma» en una economía que, como ya se puso de manifiesto precisamente durante el I Plan de Desarrollo, se resiste a cualquier tipo de control por parte de cualquier organismo planificador basado en los supuestos actuales. Como ya hemos señalado en otras ocasiones, las orientaciones y la propia dinámica de la economía española responden con más docilidad a las incitaciones e impulsos —al margen de una mínima coordinación— que provienen de la plaza de Canalejas de Madrid, de la Gran Vía de Bilbao, de la plaza de Cataluña de Barcelona o de más allá de las fronteras que a las supuestas directrices de los organismos planificadores. En realidad, «importar» una técnica como la de las señales de alerta —todo lo «in» que se quiera— y que puede dar buenos resultados en el país vecino, supone un desconocimiento de los mecanismos que gobiernan el sistema económico español y, sobre todo, de las posibilidades de respuesta y de actuación que se le reserva a la política económica ante el funcionamiento excesivo de las mismas. De hecho, las señales de alarma —con sus veinte repiqueteos— están sirviendo para mostrar algo muy diferente de lo que en principio se pretendía: la imposibilidad de control y la anarquía inherente al desdesarrollo y crecimiento de la economía española en los últimos años. ■ ARTURO LOPEZ MUNOZ.

LAS SEÑALES DE ALARMA EN 1969 SONARON EN DIECIOCHO OCASIONES

SEÑALES DE ALARMA

De la «Oferta Monetaria».

De las «Reservas Exteriores».

De «Cobertura de las Importaciones».

De los «Precios».

«Sonaron cuando y como quisieron...»

MESES EN FUNCIONAMIENTO

Enero, febrero, marzo, abril, mayo, junio y julio (siete ocasiones).

Septiembre, octubre, noviembre y diciembre (cuatro ocasiones).

Noviembre y diciembre (dos ocasiones).

Febrero, marzo, abril, mayo y junio (cinco ocasiones).

«Se decía que fue una gran fiesta».

alarmante? Tal vez no esté lejano el día en que el señor Kubala, tal vez el mismo señor Amancio o el señor Pirri, abandonen esta forma española de la participación que es el fútbol, para dedicarse a la política o la parapoltica. La historia tiene precedentes para todo. Don Luis Mazzantini fue un gran torero que terminó siendo gobernador civil, diputado provincial, miembro destacado del partido liberal. Era la época en que el señor Barbieri componía «Pan y Toros». El acto de este tráfuga del pan y toros al pan

y política señaló el principio del declinar de la fiesta nacional.

La política puede apartar al pueblo del fútbol, puede ser un fútbol de sustitución, aunque nunca tenga su brillantez, su emoción, su finura de matices. Puede apartar al pueblo de la televisión. Hay que tener cuidado con estas formas arteras de la subversión que pueden apartar a los contemporáneos de lo que ha sido durante tanto tiempo la noble ocupación de sus mayores y una de las características más genuinas de nuestro pueblo. ■ POZUELO.

Crónicas de la Era Lunar

Por PABLO DE LA HIGUERA

¡AMERICA, AMERICA! Y MAYO ESPIRITUAL

Del viaje del Presidente Pompidou a los Estados Unidos recogemos para la pequeña anécdota dos sucesos curruscantes y significativos. No sabemos de qué son significativos, pero son, seguramente, significativos.

El primero es lo que podríamos llamar, a lo Simenon, «El extraño caso de los fantasmas del Congreso». Las noticias sobre el particular son confusas y contradictorias. Es un caso sin solución, el crimen perfecto. Nadie sabrá jamás con exactitud cuántos diputados había en la cámara alta norteamericana cuando Pompidou pronunció su discurso y cuántos fantasmas de diputado ululaban en la susodicha cámara. Lo único que se sabe es que el número de fantasmas —es decir, de bultos humanos llamados para cubrir los huecos de los diputados ausentes— osciló entre una docena y cerca de trescientos. Con lo que se planteó en términos nuevos el problema de la mayoría parlamentaria: no se trataba de saber si había en el Parlamento una mayoría demócrata o republicana, sino de averiguar si había allí una mayoría parlamentaria o una mayoría fantasmagórica.

Lo cierto es que, si el hábito no hace al monje, el escaño si hace al diputado, y que en la memorable sesión del Congreso a que nos referimos ni estaban todos los que eran, ni eran todos los que estaban. Viendo a Pompidou en la televisión hablando ante el híbrido Parlamento, observé que hacía extrañas pausas. Tal vez eran efectos oratorios, pero me pareció que aprovechaba los silencios para escuchar los rostros de los congresistas mientras le asaltaban dudas tan torturadoras como ésta: «Aquel tipo de la esquina, junto a la puerta, ¿será diputado o será de la claqué?».

La invención del diputado de recambio puede ser políticamente fecunda. Ahora recuerdo un chiste de Mingote en el que aparecían los procuradores en Cortes... y en la calle: en la calle discutían todos desafortadamente y en las Cortes se callaban

como un solo procurador. Este caso de pluriempleo podría evitarse adaptando a nuestro genio nacional la técnica norteamericana del «diputado bis», o sea, inventando un doble procurador: el procurador en Cortes y el procurador en calle, con la correspondiente delimitación de funciones. En todo caso, la experiencia USA es válida y puede decirse que los circunstanciales diputados que llenaron el Congreso de los Estados Unidos para escuchar y aplaudir a un Presidente aliado y, sin embargo, amigo, desempeñaron una función más importante que muchos diputados de verdad a lo largo de todo su mandato parlamentario. El propio Pompidou se habría evitado malos ratos si hubiera llevado consigo un Pompidou bis para que explicase lo de los cien «Mirage» a Libia.

El otro hecho nuevo de este viaje ha sido la explotación oficial de Mayo de 1968, como primerísimo valor para realzar el prestigio de Francia en el mundo. En el National Press Club de Washington, Pompidou, evocando la desproporción existente entre la repercusión que tiene en todo el mundo lo que pasa en París y la producción de acero del país, precisa con ejemplos: «Ya se vio en Mayo de 1968, en uno y en otro sentido. Para decirlo de una vez: creemos en los valores espirituales...».

Uno ya sospechaba que tanto De Gaulle como Pompidou estaban orgullísimos de su Mayo, como cada hijo de Dupont. Mayo del 68 ha tomado el relevo del Frente Popular, la Resistencia, Brigitte Bardot y el general De Gaulle, últimos hitos gloriosos de la historia de Francia. Sirve para todo: para justificar ciertas lentitudes en la política salarial y para achantar a los americanos. Al Nixon de la Luna, Pompidou puede responderle con legítimo orgullo: «Sí, pero y nuestro Mayo, ¿qué?».

Uno se estremece al pensar lo que sería de este país si Cohn-Bendit y sus muchachos no hubieran bajado cierto día de Nanterre para celebrar un pequeño coloquio en la Sorbona.